



RETOS TEÓRICOS Y NUEVAS PRÁCTICAS

Margaret Bullen, Carmen Diez Mintegui
(Coordinadoras)

UN TRABAJO DE CAMPO DESDE LA DISTANCIA: LAS PARADOJAS DE UNA ANTROPOLOGÍA DE LA GUERRA AL TERROR¹

ANTONIUS C.G.M. ROBBEN

Universidad de Utrecht

¿Qué puede aportar la antropología a la “guerra al terror” que se declaró tras los ataques de Nueva York y Washington, D.C. del 11 de septiembre de 2001? ¿Qué perspectiva puede ofrecer la antropología que no hayan ofrecido ya los politólogos, los especialistas militares y los comentaristas? Y, por último, ¿qué métodos antropológicos son los indicados para una antropología de la guerra al terror? Las preguntas están formuladas de manera deliberadamente ambigua porque implican dos tipos de respuesta distintos. Una de las respuestas es analizar de qué manera pueden los antropólogos poner a disposición de la guerra su pericia en el campo de la etnografía y sus dotes para la investigación a modo de antropólogos en ejercicio de su profesión. Así, por ejemplo, podrían embutirse etnógrafos en las secciones de infantería para facilitar la comunicación intercultural y recabar información militar. Más adelante añadiré algo sobre estos llamados especialistas del terreno humano pero, por lo que a mí respecta, estoy mucho más interesado en llevar a cabo una interpretación antropológica de la guerra al terror desde el exterior, y en analizar las posibilidades y limitaciones metodológicas de dicha contribución. Por lo tanto, esta ponencia no trata de implicarse en la guerra al terror alistándose en el ejército, sino que, más bien, se centra en lo que denominaré una “imaginación etnográfica a distancia.” Mi principal objetivo es desarrollar una metodología para el estudio de zonas de guerra inaccesibles y para ello tomaré como base el caso de la Guerra de Irak.

Mi estudio de la Guerra de Irak trata de añadir una interpretación

¹ Traducción de la versión original en inglés, “Fieldwork from afar: facing the paradoxes of an anthropology of the war on terror” por Jon Elizondo.

antropológica a la avalancha de estudios sobre política exterior, análisis políticos, análisis militares, informes sobre derechos humanos, partes y crónicas periodísticas. Capitaliza estudios antropológicos sobre violencia política ya existentes para revelar la realidad cotidiana de los civiles iraquíes asediados por insurgentes y contrainsurgentes. Por razones obvias, no he podido llevar a cabo una investigación empírica en Irak, pero realizaré un “trabajo de campo desde la distancia,” basándome en el supuesto de que la situación de Irak tiene mucho en común con la de otras tantas sociedades que en el pasado han tenido que cargar también con el estigma de la violencia y el sufrimiento. Esta imaginación etnográfica a distancia supone la extrapolación de las conclusiones de mi trabajo de campo sobre la llamada guerra sucia argentina para entender los efectos de las operaciones de contrainsurgencia de los Estados Unidos en el pueblo iraquí.

Empezaré hablando de las dos principales paradojas de la antropología de la guerra al terror, que surgen de la dificultad de reconciliar las exigencias éticas, metodológicas y disciplinarias. A continuación, ahondaré en el principal precursor histórico de la imaginación etnográfica a distancia y explicaré la importancia epistemológica de la antropología comparativa para el trabajo de campo a distancia aquí propuesto. Y, finalmente, ilustraré mi enfoque estableciendo una comparación antropológica entre la Guerra de Irak y la guerra sucia argentina.

1. PARADOJAS DE UNA ANTROPOLOGÍA DE LA GUERRA AL TERROR

Se han planteado cuestiones políticas y éticas acerca del hecho de que los antropólogos pongan sus conocimientos en materia cultural a disposición de la guerra al terror, así como de su implicación en las agencias de inteligencia y en las fuerzas armadas y de seguridad de los Estados Unidos. La CIA ha reclutado antropólogos, se ofrecen programas de becas a estudiantes que deseen poner en práctica sus capacidades lingüísticas y de trabajo de campo en la guerra al terror, y los antropólogos han entrado a formar parte de los Equipos de Terreno

Humano de primera línea. Se supone que estos antropólogos del terreno humano sirven para aumentar la conciencia cultural y los conocimientos sociales, económicos y políticos de los comandantes de campo acerca de la población civil de sus zonas de guerra; supuestamente para disminuir el número de víctimas civiles y para ayudar a ganarse a la población². El General David Petraeus (2006: 51), comandante en jefe de las tropas estadounidenses en Irak entre los años 2007 y 2008, declaró que “conocer el ‘terreno’ cultural puede ser tan importante - y a veces incluso más - como conocer el terreno geográfico... son las personas las que constituyen en muchos aspectos el terreno decisivo, y... debemos estudiar dicho terreno de la misma forma que hemos estudiado siempre el terreno geográfico.”

Este uso militar de la antropología es éticamente cuestionable y supone la primera paradoja de una antropología de la guerra al terror. Según el Código Ético de 1998 de la *Asociación Antropológica Americana* (AAA), las “obligaciones éticas de los antropólogos se deben primeramente a las personas... que estudian” (citado en Robben y Sluka, 2007: 326). ¿Cómo pueden los antropólogos conciliar sus obligaciones éticas cuando su misión militar consiste en obtener de las personas una información confidencial que es posible que posteriormente se vuelva contra ellas?

La *Asociación Antropológica Americana* convocó una comisión para que tratara esta paradoja. Esta comisión ha proporcionado unas pautas sobre cómo mantener los principios éticos y profesionales a la hora de trabajar para organizaciones militares, de seguridad e inteligencia. La comisión no está en principio en contra de que los antropólogos trabajen para dichas organizaciones, pero advierte de los riesgos éticos y de los peligros potenciales para las personas a estudio, la disciplina, sus profesionales y la comunidad académica, y hace hincapié en la obligación profesional de facilitar el acceso público a las conclusiones

² La mayoría de las objeciones mencionadas por Marshall Sahlins (1967) en una charla que dio sobre el Proyecto Camelot durante las reuniones que la AAA mantuvo en 1965 siguen teniendo validez en lo que respecta a la participación actual de antropólogos en organizaciones militares, de seguridad e inteligencia. El Proyecto Camelot fue una iniciativa de la Oficina de Investigación de Operaciones Especiales del Ejército estadounidense para financiar el estudio de los movimientos revolucionarios por parte de los científicos sociales.

de las investigaciones (Comisión de la AAA, 2007). Tengo serias dudas sobre la viabilidad de esta solución, ya que es harto probable que la realidad del campo de batalla y los preceptos militares terminen por hacer caso omiso de las preocupaciones éticas de los antropólogos de seguridad de baja graduación.

Mientras que los antropólogos de seguridad estudian a iraquíes y afganos para ayudar a las tropas contrainsurgentes y a los equipos de reconstrucción, a los antropólogos académicos les es imposible vivir entre la población civil de zonas de guerra tales como el Valle de Baluchi, al sur de Afganistán, o Ciudad Sader, en Bagdad. El peligro es tal que incluso los corresponsales de guerra extranjeros sólo se aventuran fuera de la Zona Verde de Bagdad o de la relativa seguridad de Kabul como periodistas embutidos o rodeados de empresas de seguridad privada (p. ej., Ashcroft, 2006; Chandrasekaran, 2006; Packer, 2005; Wright, 2004).

¿Por qué los antropólogos apenas utilizan su propia perspectiva de la condición humana y sus conocimientos sobre las sociedades aquejadas por la violencia para entender la situación de los pueblos iraquí y afgano?³ ¿Por qué este silencio de los antropólogos? Dejando de momento de lado consideraciones políticas y profesionales, tales como el temor a criticar a las tropas en guerra o el miedo a poner en peligro su carrera académica, el motivo más obvio de este silencio es la incapacidad para realizar un trabajo de campo etnográfico en Irak y Afganistán. Esta es la segunda paradoja de la antropología de la guerra al terror.

La principal pregunta a responder es si esta incapacidad para realizar un trabajo de campo etnográfico nos condena o no a la pasividad. ¿Es posible hacer algo más allá de alzar nuestros brazos al cielo y esperar a que se detenga la violencia antes de que podamos realizar un trabajo de campo sobre las secuelas de estos importantes conflictos? ¿O, por el contrario, deberíamos utilizar nuestros conocimientos en el campo académico, dotes para la investigación y empatía profesional para

³ Algunos antropólogos han escrito acerca de la tortura en la prisión de Abu Ghraib (Caton, 2006; Feldman, 2005) y de la difícil situación de las mujeres iraquíes (Al-Ali, 2007), pero no se trata más que de algunas voces aisladas que se han alzado para dar a conocer una tragedia internacional con cientos de miles de muertos y millones de refugiados.

añadir una perspectiva antropológica de las guerras de Irak y Afganistán a las opiniones de los no antropólogos que no han puesto nunca un pie allí ni se han formado profesionalmente en el estudio de las culturas extranjeras?

Así, pues, ¿qué papel profesional podemos desempeñar en la llamada guerra global al terror que actualmente se libra y que se manifiesta sobre todo en Irak y Afganistán, pero que puede convertir también a otras partes del mundo en zonas prohibidas para los antropólogos? Como alternativa metodológica al trabajo de campo, propongo la imaginación etnográfica a distancia como la única forma de poder hacernos con una perspectiva antropológica de zonas de guerra inaccesibles tales como Irak y Afganistán⁴. Mi enfoque metodológico no es totalmente nuevo; cuenta con antecedentes históricos en antropología, de los cuales el más importante es el “estudio de culturas a distancia”.

2. EL ESTUDIO DE CULTURAS A DISTANCIA

La antropología tiene una larga experiencia en el estudio de culturas a distancia. De hecho, la antropología se inició en el siglo XIX con antropólogos que hacían uso de los relatos de viajes y misiones, las memorias de exploradores y navegantes, y los informes que realizaban los administradores coloniales para entender las culturas no occidentales. Esta antropología de sillón dio paso a la investigación in situ gracias a la labor pionera de los primeros etnógrafos de las culturas indias americanas, tales como Schoolcraft, Morgan y Cushing, y al equipo de investigación de la expedición británica de Haddon a Torres Straits. La antropología se profesionalizó bajo la influencia dominante de Franz Boas y Bronislaw Malinowski, que convirtieron el extenso trabajo de campo etnográfico en la estrategia de investigación definitoria de la disciplina.

La Segunda Guerra Mundial interrumpió la labor etnográfica de muchos antropólogos al convertir amplias zonas del mundo en

⁴ Se han estudiado ya algunos temas sin una observación de los participantes en Irak, en particular la situación de las mujeres (Al-Ali, 2007), los regímenes penitenciarios (Caton, 2006; Feldman, 2005), y blogs y relatos de los combatientes (Brown and Lutz, 2007).

inaccesibles para el trabajo de campo. Con todo, los antropólogos no se quedaron quietos: la Alemania nazi empleó antropólogos para llevar a cabo la selección racial en uno de los capítulos más oscuros de la disciplina (Schafft, 2004). Por otro lado, en los Estados Unidos y en el Reino Unido, numerosos antropólogos ofrecieron sus servicios a las fuerzas aliadas en su lucha contra Japón, Alemania e Italia. De esta forma renació el estudio de las culturas a distancia, aunque esta vez con mejores métodos de investigación, mayores conocimientos etnográficos y más experiencia empírica que la antropología de sillón del siglo XIX.

La participación de antropólogos británicos y americanos en la Segunda Guerra Mundial se considera generalmente de forma favorable. Estos antropólogos analizaron cuáles eran los puntos fuertes y débiles del enemigo, elaboraron programas gubernamentales y mejoraron las relaciones entre los aliados y con los grupos de resistencia. Contribuyeron a las campañas de propaganda y recabaron información al amparo del trabajo de campo a pesar de los recelos de algunos por sus implicaciones éticas. La influencia de los antropólogos a la hora de mejorar el trato recibido por los derrotados japoneses de manos de los militares americanos es quizás su mayor logro (Mead, 1953c: 397; Price, 2002).

Sea como sea, la Segunda Guerra Mundial fue a decir de todos una guerra justa. Está a una distancia moral, política e histórica considerable de la actual guerra global al terror, y el papel de los antropólogos era diferente al de los antropólogos de seguridad introducidos en los equipos de terreno humano en Irak y Afganistán. A pesar de estas diferencias políticas y profesionales, podemos sacar aún importantes lecciones metodológicas de los estudios a distancia de la Segunda Guerra Mundial para la investigación actual de zonas de guerra inaccesibles.

La metodología de los estudios antropológicos en tiempo de guerra – a menudo sin publicar – terminó de formularse cuando la Segunda Guerra Mundial dio paso a la Guerra Fría. La formulación más sistemática es la que ofrece *The Study of Culture at a Distance*, editado por Margaret Mead y Rhoda Métraux (1953), y alcanzó su máxima expresión en los trabajos de Benedict (1974) sobre Japón, y

de Gorer y Rickman (1949) sobre Rusia. Financiado por la Oficina de Investigación Naval, el programa de Investigación de Culturas Contemporáneas de la Universidad de Columbia, puesto en marcha por Ruth Benedict, trataba de analizar “las regularidades culturales del carácter de aquellos individuos pertenecientes a *sociedades inaccesibles a la observación directa*” (Mead, 1953a: 3). La guerra, la revolución y el genocidio podrían dejar a toda una cultura fuera del alcance del trabajo de campo etnográfico, como fue el caso de Alemania y Japón en tiempo de guerra, la Unión Soviética y la China de la posguerra, y las comunidades judías del este de Europa antes de la guerra. El proyecto de la Universidad de Columbia fue una combinación de unos enfoques de investigación, unos datos empíricos, y unas cualidades y métodos de investigación únicos.

2.1. Enfoques de la investigación

Los investigadores del proyecto de Columbia eran muy conscientes de sus limitaciones epistemológicas. Geoffrey Gorer comparó sus retos a los de un paleontólogo. De la misma forma que la observación de animales vivos de un zoólogo es superior a la de un paleontólogo que ha de fiarse exclusivamente de los fósiles, el que hace trabajo de campo tiene una ventaja inevitable sobre el antropólogo que estudia culturas a distancia. “Si el antropólogo depende de los recuerdos de informadores seleccionados al azar, de documentos y material simbólico, no podrá, a mi parecer, hacer una reconstrucción adecuada de la estructura social; para una descripción adecuada de la misma, el comportamiento real (en oposición al simbólico o ideal) del personal de una sociedad en funcionamiento exige tanto su observación como la realización de entrevistas” (Gorer, 1953: 74). A pesar de todo, los paleontólogos hacen importantes contribuciones al conocimiento científico, al igual que los antropólogos que estudian culturas inaccesibles o los historiadores que escriben sobre imperios caídos. Por ello, Margaret Mead (1953b) recomendaba un equipo de investigación interdisciplinario cuyos miembros aplicaran sus dotes, su pericia y sus conocimientos propios de la disciplina a datos similares y temas relacionados entre sí. El propósito era, pues, que diferentes líneas de investigación se unieran en un análisis

interdisciplinario de las estructuras del carácter cultural.

2.2. Datos empíricos

Los datos empíricos del proyecto de Columbia procedían de dos fuentes distintas: informadores y material cultural. Los informadores eran preferiblemente personas que se habían criado en las sociedades inaccesibles y que, posteriormente, se habían trasladado o huido al extranjero, pero podía tratarse también de diplomáticos, médicos y técnicos que hubieran vivido temporalmente en dichas sociedades. Las fuentes de material incluían novelas, poemas, memorias, diarios, cartas, cuentos populares, cuentos infantiles, canciones, estudios históricos, periódicos, censos, propaganda, películas, fotografías, obras de arte e incluso partidas de ajedrez para percibir los distintos estilos nacionales de juego ofensivo, defensivo y de posición (Mead and Métraux 1953).

2.3. Cualidades de la investigación

Mead (1953a: 11) requería investigadores experimentados que pudieran “ir más allá de sus fuentes de material y ser capaces de definir la cultura en su conjunto, es decir, los comportamientos aprendidos y compartidos entre los miembros del grupo, de la sociedad o del periodo a estudio.” Comparó a los antropólogos que estudian culturas a distancia con los paleontólogos que, “ante unos pocos huesos,... son capaces de reconstruir un animal con bastantes probabilidades de acertar” (Mead, 1953a: 53). Mead estableció también una analogía con la “imaginación histórica” de los historiadores que han de reconstruir el pasado a partir de pistas, rastros, fragmentos y piezas para elaborar una narrativa histórica coherente. Dicho de otra manera, los antropólogos con gran experiencia en el trabajo de campo desarrollan la capacidad de distinguir entre lo que marca las pautas de lo puramente azaroso, de saber cuándo una pieza representa el conjunto y de reconocer interrelaciones, conexiones y flujos entre una larga y heterogénea selección de prácticas y fenómenos culturales. “En estas descripciones, se utiliza la propia percepción del investigador como un

dispositivo de búsqueda capaz de extraer del conjunto de comportamientos analizados... unas relaciones sistemáticas que nos darán una idea de cómo los individuos... organizan su experiencia” (Mead, 1953a: 10). Esta capacidad alimenta la imaginación etnográfica del antropólogo, que sabe cómo rellenar los huecos y relacionar fenómenos aparentemente dispares. Desde la antropología reflexiva, sabemos que la imaginación etnográfica es fundamental para la antropología, y que esta capacidad se utiliza sobre todo a la hora de redactar los informes de los trabajos de campo (Clifford and Marcus, 1986).

2.4. Métodos de investigación

El estudio de culturas a distancia se apartó de la premisa metodológica de que el trabajo de campo etnográfico consistía principalmente en dos procedimientos: las entrevistas a los informadores y la observación participante. Así, las entrevistas a los expatriados se convirtieron en la mejor alternativa a entrevistarlos en su país de origen. Para estudiar las culturas a través de informadores, se utilizaron cinco métodos distintos: entrevistas abiertas, historias de vida, técnicas proyectivas, grupos de discusión, y la observación disimulada de los entrevistados para descubrir gestos, maneras y estilos (Benedict, 1974: 5-8; Mead, 1953a: 41).

Los investigadores del proyecto de Columbia sortearon de dos maneras distintas la imposibilidad de estudiar las culturas a través de la observación de los participantes: realizaban el trabajo de campo en comunidades de inmigrantes y llevaban a cabo un análisis de contenidos de los productos culturales arriba mencionados. Era importantísima la demarcación de la comunidad o sociedad en cuanto a espacio, homogeneidad cultural, y autonomía política, social y económica para crear un universo de investigación bien delimitado.

Está claro que la interpretación que el proyecto de Columbia hacía del concepto de cultura como “un sistema de comportamientos aprendidos y compartidos por los miembros de un grupo, en el que el modelo principal es una sociedad completa que perdura a lo largo de numerosas generaciones...” (Mead, 1953a: 20; ver también Benedict,

1974: 11-12) está anticuada, pero su importancia metodológica reside en su intento de llevar a cabo una comparación transcultural. La premisa básica del estudio del carácter nacional era que la humanidad constituye una unidad biológica, y que tanto las sociedades como los seres humanos responden a determinadas leyes básicas (Benedict, 1974: 8-11; Gorer, 1953: 76). Gorer (1953: 77-78) aisló unos postulados acerca de la enculturación, el aprendizaje, el poder y la estructura social que constituían la base de un marco teórico a través del cual se realizaban las conexiones finales o comparaciones transculturales. Así, por ejemplo, Gregory Bateson (1953) analizó los caracteres nacionales en función de unos modelos culturales que mantenían un equilibrio dinámico (*schismogenesis*) y utilizó dicho análisis de los modelos culturales japoneses de la Segunda Guerra Mundial para desarrollar una guerra psicológica contra los japoneses destinados en Birmania y Tailandia (Yans-McLaughlin, 1986: 202).

Desde los años 40 y 50, la antropología ha avanzado teórica, conceptual y metodológicamente en muchas direcciones, especialmente en lo que se refiere a su interpretación de la cultura. Ya no se considera la cultura como un sistema cerrado de rasgos incorporados al conjunto de la sociedad, tal y como creía la Escuela de Cultura y Personalidad, sino que se contempla como un esquema de significados híbrido y dinámico que permite a la vez que limita las prácticas, acciones e interpretaciones del mundo de la gente, y que está constantemente sujeto a los procesos históricos, las transformaciones sociales, el poder y la agencia (Fischer, 2003: 7-8; Ortner, 2006: 11-18). De todas formas, del estudio del carácter nacional se pueden sacar las siguientes lecciones para un nuevo estudio a distancia de zonas de guerra inaccesibles. Uno, un enfoque multidisciplinario maximiza el análisis de los limitados datos disponibles debido a la ausencia del trabajo de campo. Dos, los expatriados y el material cultural constituyen las dos fuentes de datos más valiosas. Tres, el estudio indirecto de regiones inaccesibles sólo lo pueden realizar de forma responsable aquellos antropólogos con una amplia experiencia en el trabajo de campo que hayan cultivado su imaginación etnográfica y que puedan hacer uso de su capacidad de interpretación empírica de los temas a investigar. Cuatro, deberían emplearse diversos métodos de investigación y, en especial, la

comparación transcultural. Cinco, la comparación transcultural es sólo posible cuando se es capaz de discernir qué modelos, lógicas, estructuras o formaciones culturales trascienden las culturas individuales.

3. ANTROPOLOGÍA COMPARATIVA

El método comparativo se ha convertido en el hijastro de la antropología cultural⁵. Sabemos que la comparación es parte del ser humano y que la comparación transcultural está implícita en la antropología, y, sin embargo, desde el giro postmoderno de los ochenta, hemos rehuido los estudios comparativos porque las comparaciones no son en ningún caso equiparables al análisis profundo y a los intrincados detalles de la etnografía. Con esto, no estoy proponiendo la vuelta al estudio del carácter nacional, al enfoque holocultural de la Human Relations Area Files (HRAF), al funcionalismo estructural, al estructuralismo, al neoevolucionismo ni a ninguna otra búsqueda científica de teorías ambiciosas, sino que más bien me adhiero al reciente llamamiento a una “pluralidad de metodologías comparativas cualitativas” sensibles al contexto, el significado, la agencia, el poder y el proceso (Fox and Gingrich, 2002: 12; ver también Holy, 1987). Lo que propongo es una “macrocomparación controlada de estudios de casos distantes” (Gingrich, 2002: 229), siendo totalmente consciente de que cada caso tiene unos significados, unas prácticas, unos discursos y unas interpretaciones culturalmente específicos.

Los actuales métodos comparativos difieren de los anteriores en su rechazo de ambiciosas teorías objetivistas, y en su énfasis en la construcción de significados y en la reflexividad. Gingrich (2002) defiende de manera convincente que las macrocomparaciones cualitativas deberían ser auto reflexivas debido al hecho de que la postura del investigador ante el mundo se traslada a los problemas de investigación estudiados y al análisis realizado. Esto es aún más

⁵ Los libros de metodología más importantes hacen referencia a los métodos comparativos principalmente en términos de análisis estadísticos y correlaciones HRAF (por ejemplo Bernard, 1994).

palpable en el estudio de las zonas de guerra inaccesibles. Las convicciones políticas y morales influyen en la imaginación etnográfica a distancia debido principalmente a la ausencia de una respuesta correctiva como consecuencia de la imposibilidad de llevar a cabo un trabajo de campo.

Metodológicamente, mi enfoque difiere en un aspecto de las macrocomparaciones controladas realizadas, por ejemplo, por Gingrich (2002), Hannerz (1992), Lock (2002) y Wolf (1999). Mientras que Hannerz y Lock llevaron a cabo un trabajo de campo en los numerosos emplazamientos comparados, y Gingrich y Wolf analizaron varios casos históricos, yo comparo un caso basado en el trabajo de campo con otro estudiado desde la distancia. Además, esta desigual comparación no la realizo por motivos explicativos, sino heurísticos. “Así, la función de la comparación no es tanto la de determinar, empezando desde cero, las diferencias y similitudes entre fenómenos... como la de esclarecer una serie de fenómenos mal entendidos por referencia a otra serie de fenómenos mejor comprendidos” (Howe, 1987: 136). Dichas macrocomparaciones se realizarán en base a estructuras, principios, procesos o formaciones culturales etnográficamente estudiadas que trasciendan casos concretos y que, posteriormente, constituirán los puntos centrales de la investigación de zonas de guerra inaccesibles. El trabajo de campo previo es importante porque permite a los antropólogos estudiar de cerca cómo las estructuras y principios subyacentes generan manifestaciones culturales. Estas experiencias de campo desarrollan la capacidad analítica, importantísima para la imaginación etnográfica de zonas de guerra distantes.

El reto metodológico del estudio de zonas de guerra inaccesibles es establecer los principios culturales de la agencia y descubrir cómo se trasladan a las prácticas políticas y sociales. El método comparativo ayuda a aislar dichas estructuras y principios generativos de importancia *transcasual* que pueden dirigir el análisis de las entrevistas y productos culturales, y conseguir así una triangulación metodológica. Estas estructuras y principios se obtienen de estudios antropológicos ya existentes, fundamentados en el trabajo de campo previo del investigador y posteriormente utilizados en entrevistas y

métodos de investigación discretos, tales como el análisis de archivos, contenidos y textos (Bernard, 1995: 336-343). Los métodos discretos permiten a los investigadores interpretar significados y reconocer procesos a través de manifestaciones culturales tales como libros, blogs, películas y fotografías. Por último, las entrevistas establecen la interpretación del mundo de la gente a través del proceso interactivo creado entre antropólogo y entrevistado. En el caso de que el antropólogo no pueda realizar las entrevistas por sí mismo, puede recurrir a entrevistas realizadas por periodistas y observadores de derechos humanos, y leer dichos textos “contra el hilo” con el fin de desvelar su significado oculto (Scott, 1990).

En los dos puntos siguientes, voy a ilustrar el enfoque metodológico propuesto, denominado imaginación etnográfica a distancia, comparando las tácticas de contrainsurgencia americana y argentina, y posteriormente demostrar cómo estas tácticas fueron deteriorándose en Argentina hasta desembocar en la llamada guerra sucia y sus consiguientes violaciones de los derechos humanos, algunas de las cuales han hecho también su aparición en Irak. Para ello, voy a comparar datos empíricos recopilados a través del trabajo de campo realizado en Argentina con datos procedentes de fuentes de segunda mano sobre Irak.

4. LA GUERRA DE CONTRAINSURGENCIA AMERICANA Y ARGENTINA

Irak no es Argentina, el gobierno y el ejército americanos no son la dictadura y las fuerzas armadas argentinas, y la Guerra Fría no es la guerra global al terror. Sin embargo, existen varias similitudes importantes en las prácticas operativas y en el tratamiento de los cautivos y civiles de las campañas de contrainsurgencia de ambos países. La guerra de contrainsurgencia de Irak tiene algunas de las características de la guerra sucia, ya que en la misma se dan violaciones de los derechos humanos similares a las que fueron endémicas en la América Latina de los años setenta y ochenta. ¿Cuál es la dinámica que hace que este deterioro de las operaciones de contrainsurgencia desemboque en la guerra sucia? ¿Qué anuncia, en el caso de Irak, el resultado de la guerra sucia y de las violaciones de los

derechos humanos en Argentina?

En palabras del general británico Rupert Smith, la “guerra industrial” de ejércitos luchando entre sí en un campo de batalla físico está dando lugar a una “guerra entre la gente... en la que el campo de batalla es la gente en la calle, en sus casas o en el campo —toda la gente, dondequiera que esté—. Los combates pueden tener lugar en cualquier sitio: en presencia de civiles, contra civiles, en defensa de los civiles. El objetivo son los civiles, un objetivo a ganar tanto como una fuerza opositora” (Smith, 2005: 3-4). Smith (2005: 17) sostiene que la guerra entre la gente no es una guerra en el sentido clásico de una confrontación armada entre estados con un principio y un final claros, sino un conflicto continuo entre estado y actores no estatales con unos objetivos maleables a menudo políticos y casi nunca militares. Estos actores no estatales emplean tácticas de insurgencia con unidades pequeñas e irregulares, como es el caso de Argentina en los años setenta y actualmente Irak.

El *swarming* (enjambrando) es un desarrollo táctico que trata de adaptar la contrainsurgencia a este cambio paradigmático de la guerra contemporánea. El término militar *swarming* establece una analogía biológica con los movimientos erráticos de avispas, hormigas y lobos. Esta estrategia de combate existe desde que los arqueros montados escitas derrotaron a las falanges de Alejandro Magno y desde que los submarinos alemanes atacaron a los convoyes aliados en el Océano Atlántico. Un ejemplo reciente son los ataques relámpago de los milicianos somalíes contra las tropas americanas atrapadas en varias posiciones defensivas en Mogadiscio cuando dos helicópteros Blackhawk fueron derribados después de que una fuerza de asalto hubiera capturado a un grupo de líderes de la milicia del señor de la guerra Aideed (Edwards, 2000). Actualmente, las tropas americanas en Irak utilizan tácticas de *swarming* que recuerdan a las tácticas de contrainsurgencia empleadas por los militares argentinos en los años setenta. En opinión de los militares, el *swarming* es una táctica de contrainsurgencia mucho más dinámica y efectiva que las operaciones de contrainsurgencia convencionales, tales como acordonar y registrar barrios enteros en busca de armas e insurgentes o evacuar a la población civil y posteriormente atacar a los combatientes restantes

con una fuerza masiva (Herring and Rangwala 2006: 180-185). Sin embargo, la situación en Irak muestra que no son sólo los insurgentes los más afectados por esta táctica, sino muy especialmente la población civil. La situación tras la invasión fue de mal en peor al adoptar una táctica de *swarming* irregular que hizo que la población iraquí, a la que se suponía había que ganarse, se distanciara aún más.

La idea de las operaciones de *swarming* es que la combinación de unas tecnologías avanzadas de vigilancia, detección y comunicación dé a las pequeñas unidades de combate americanas una ventaja importante sobre el enemigo en lo que se refiere a movilidad, iniciativa, factor sorpresa y perspectiva general de la situación. Según David Kilcullen (2004: 16), el Estratega Jefe de la Oficina del Coordinador de Contraterrorismo del Departamento de Estado Americano, “Las tácticas adoptadas por una unidad modular organizada en equipos semi-autónomos se parecen al “swarming”—los equipos cooperan en base a unas pocas y sencillas normas de toma de decisiones, un conocimiento compartido de la situación y la autoprotección gracias a un acceso conjunto a los efectos combinados de las armas.” En un futuro cercano, las unidades de *swarming* no estarán dirigidas por un mando central, sino que operarán como una red de nodos operativos independientes que se mantendrán informados entre sí de sus acciones mediante dispositivos electrónicos. A la espera de la siguiente generación de equipos de comunicación, las operaciones contrainsurgentes de *swarming* se llevan ya a cabo mediante: “operaciones frecuentes de acordonamiento y registro realizadas al azar; el establecimiento de controles que varían aleatoriamente de lugar y hora; reaccionando rápidamente ante las zonas sospechosas de actividad insurgente siempre que sea necesario; y recabando constantemente información” (Edwards, 2000: 83). El ejército americano en Irak utiliza imágenes de satélite, información local e información obtenida mediante interrogatorios para seguir la pista y capturar a los insurgentes mediante controles improvisados, patrullas nocturnas y redadas a domicilios. Este método es similar a las tácticas de contrainsurgencia argentina de los años setenta.

Los grupos de tareas argentinos capturaron a muchos sospechosos mediante tácticas de *swarming*. Patrullaban las calles en coche o

tomaban temporalmente posiciones junto a estaciones de trenes, terminales de autobús, puertos o aeropuertos. A menudo, obligaban a los guerrilleros capturados a colaborar en la identificación de activistas políticos y combatientes de la guerrilla. Incluso los niños eran obligados a identificar a los camaradas de sus padres. De la misma manera que se ha detenido a civiles iraquíes por error, los argentinos detenidos señalaban a completos desconocidos por proteger a sus compañeros. Esperaban que los interrogadores determinarían rápidamente su inocencia, aunque, a menudo, lo que sucedía era justo lo contrario: los detenidos no podían facilitarles ninguna información porque no tenían ninguna información que ofrecer, lo que provocaba aún mayores torturas.

El *mimetismo* es otro término que vincula los fenómenos biológicos con las prácticas militares. El mimetismo hace referencia a un mecanismo de defensa evolutivo por el cual una especie animal o de insecto llega a asemejarse a otra. El mimetismo ha sido un principio dominante de la guerra contrainsurgente durante décadas y hace referencia a un proceso por el cual las partes contrarias empiezan a imitarse entre sí. Esta práctica ha tenido cierto éxito a la hora de hacer frente a la guerrilla clásica pero es perjudicial para este nuevo tipo de insurgencia que lucha entre la gente. Las fuerzas armadas americanas e iraquíes utilizan unidades de combate que imitan a las unidades escasamente interconectadas de Al-Qaeda y los insurgentes iraquíes en cuanto a sus tácticas de movilidad, improvisación y sorpresa. Si el *swarming* está tan de moda entre los militares americanos es porque la insurgencia iraquí no cuenta ni con el número, ni con la logística ni con las tecnologías de comunicación capaces de hacer frente a las capacidades de *swarming* de las fuerzas americanas.

La dificultad de imitar a estos luchadores radica en que son diferentes de la guerrilla clásica, que trataba de crear zonas liberadas y, en última instancia, asumir el poder. Precisamente porque el principal objetivo estratégico de los insurgentes y terroristas iraquíes es crear un clima de inseguridad generalizado en Irak, pueden atentar contra intereses nacionales y extranjeros con ataques suicidas, asesinatos políticos, y bombas al borde de la carretera y coches bomba de forma improvisada y sin unos planes de ataque bien coordinados. “La insurgencia

moderna actúa más como un enjambre auto-sincronizado de células independientes a la vez que cooperantes, que como una organización formal” (Kilcullen, 2006b: 123). Existe un paralelismo interesante entre la estrategia global de Al-Qaeda contra los EE.UU. y las tácticas utilizadas en Irak: de la misma manera que el propósito de los ataques del 11 de septiembre era atraer a las fuerzas “infieles” americanas al mundo islámico e involucrarlas en una guerra de guerrillas invencible que tendría como resultado numerosas bajas musulmanas, la derrota militar final y la retirada del apoyo político a los regímenes autocráticos de Oriente Medio, tal y como sostiene Danner (2005), los insurgentes iraquíes atraen a las tropas contrainsurgentes a barrios en los que las violaciones de los derechos humanos se vuelven casi inevitables, lo que socava cualquier apoyo de la población iraquí a las tropas extranjeras.

Aunque en el pasado el mimetismo tuviera su sentido militar, tratándose de las nuevas insurgencias actuales, acarrea demasiados efectos perjudiciales. El *swarming* es moralmente vulnerable porque, en situaciones de combate, jóvenes oficiales tienen que tomar decisiones de vida o muerte que a menudo se ven complicadas por la presencia de civiles. La falta de experiencia y de criterio, un sentido aún poco desarrollado de la responsabilidad y el escaso conocimiento de las implicaciones que conlleva el uso de la fuerza letal pueden provocar fácilmente errores fatales de impacto global. Tal es así que el último manual de contrainsurgencia del Ejército Americano tiene este hecho en cuenta: “De hecho, las decisiones a nivel táctico de los jefes más jóvenes -los llamados “cabos estratégicos”- tienen a menudo consecuencias estratégicas” (FM 3-24, 2007: 50). Una imagen de un marine americano con su bota sobre un civil iraquí que yace postrado sobre el suelo llega a todos los iraquíes a través de los medios de comunicación, despierta la compasión de todo el mundo hacia los insurgentes y crea una comunidad de víctimas imaginaria. La combinación de una mayor libertad operativa por parte de las unidades de *swarming* y la transformación de la guerra de guerrillas en una guerra que se libra entre la gente hace del abuso una posibilidad siempre presente.

Cuando el mimetismo se ve reforzado por el fanatismo ideológico o

una visión maniquea del mundo, los errores de combate pueden dar paso a violaciones de los derechos humanos. La creencia de que el enemigo es una fuerza del diablo y que se está luchando por el bien de la humanidad puede acarrear la mala conducta de los comandantes y soldados receptivos a dichas ideas. Tanto en el caso de Argentina como en el de Irak, existía la idea de que los terroristas no sólo deseaban conseguir sus objetivos político-militares mediante la violencia, sino que además intentaban destruir todo un modo de vida y abolir valores considerados universales. Si los líderes políticos y oficiales de alto rango declaran que el enemigo es malvado e inhumano, y que supone una amenaza para el mundo, dicho maniqueísmo puede provocar en las tropas sobre el terreno una violencia indiscriminada tanto contra sus oponentes armados como contra aquellos civiles sospechosos de ayudarlos. El mimetismo operativo de enfrentar a pequeñas unidades móviles con unidades igualmente pequeñas y móviles de insurgentes adquiere así una carga ideológica con graves consecuencias morales.

La guerra de guerrillas tuvo su éxito en algunas de las luchas anticoloniales que tuvieron lugar en África y Asia tras la Segunda Guerra Mundial. Los oficiales franceses que conocieron la derrota en Indochina fueron de los primeros en desarrollar una nueva doctrina militar basada en el mimetismo con las guerrillas (Galula, 2006; Trinquier, 2006). Estos oficiales franceses hablaban de la guerra contrarrevolucionaria de la misma manera que lo hace el presidente Bush cuando se refiere a la guerra al terror como una nueva forma de guerra que requiere de un enfoque radicalmente nuevo. El método contrarrevolucionario francés influyó en el pensamiento militar argentino con tres novedades: 1. el cuadriculado del territorio; 2. la imitación; y 3. la inteligencia. En la actual doctrina de *swarming*, la fe ciega en las últimas tecnologías de la comunicación ha otorgado a estas tres características una renovada relevancia.

El cuadriculado del territorio fue desarrollado por los oficiales franceses en Argelia para combatir a los insurgentes urbanos en los callejones de Argel. Propugnaron la división de Argelia en grandes sectores y zonas más pequeñas, y la ciudad de Argel en sectores, subsectores y manzanas. Las tropas regulares debían patrullar las

carreteras principales y vigilar las instalaciones más importantes mientras que las unidades móviles de combate urbano buscaban insurgentes en cada uno de los sectores con la información facilitada por los encargados de cada manzana. Los detenidos eran torturados durante los interrogatorios y se hacía desaparecer a los presos. Los asesores franceses del ejército argentino les sugirieron este mismo método a finales de los años 50, cuando surgió un movimiento de sabotaje como reacción al golpe militar de 1955 contra el líder popular Juan Domingo Perón (Robben, 2005; Robin, 2005).

La junta militar argentina que tomó el poder en marzo de 1976 empleó una versión actualizada del antiguo modelo a base de cuadrículas al organizar Argentina en cinco zonas defensivas que se dividían en subzonas que, a su vez, se dividían en áreas. Las tropas regulares controlaban las principales infraestructuras (carreteras, vías fluviales, aeropuertos, instalaciones clave) y se ocupaban de los controles, mientras que los grupos de tareas o unidades de combate especiales perseguían a los guerrilleros y oponentes políticos en las áreas designadas. Las tropas regulares y los grupos de tareas especiales contaban con unas estructuras de mando separadas que se hacían patentes durante las operaciones conjuntas. Cada vez que se sospechaba la presencia de guerrilleros, se acordonaba el barrio con controles improvisados al mando de tropas uniformadas en camiones del ejército. Los miembros del grupo de tareas conducían coches particulares y vestían de civil. Mientras que las tropas regulares volvían a la base una vez finalizada la operación, el grupo de tareas llevaba a los detenidos a un centro de detención secreto para su interrogatorio. Los torturaban hasta que eran capaces de completar los organigramas de las organizaciones de guerrilleros y así poder dismantelar sus redes de células (Robben, 2005: 193-197). Estos modelos a base de cuadrículas, los análisis de redes sociales y los esquemas de conexión continuaban siendo unas herramientas valiosas a la hora de evaluar la conectividad y estructura de los grupos de insurgentes en Irak (FM 3-24, 2007: 317-329).

La imitación o mimetismo de las tácticas guerrilleras por parte de las fuerzas armadas argentinas fue intencional. Los instructores franceses sostenían que, a las guerrillas, había que enfrentarse con sus propios

métodos, a saber, operando con pequeñas unidades de gran movilidad. En 1968, el coronel francés Chateau-Jobert llegó a admitir que, a nivel táctico, no había ninguna diferencia entre las fuerzas guerrilleras y las fuerzas contrainsurgentes. Y concluía diciendo que la única diferencia era el espíritu de la lucha, a saber, luchar en nombre de Dios contra las fuerzas del mal (Chateau-Jobert, 1977: 117). Esta dimensión espiritual creó un contexto ideológico para las tácticas miméticas que abrió el camino de la tortura, primero en Argelia y luego en Argentina. La guerra de contrainsurgencia y los interrogatorios coercitivos dieron paso a la guerra sucia y al terrorismo de estado cuando los militares argentinos se dedicaron a perseguir a la oposición política y a aquellos civiles que apoyaban a la guerrilla. El objetivo militar del terrorismo de estado era aislar a la guerrilla, a sus partidarios y a la oposición política, y utilizar tácticas de la guerra sucia tales como el secuestro, la tortura, la desaparición y el asesinato para derrotarlos, erradicarlos y traumatizarlos.

5. DE LA CONTRAINSURGENCIA A LA GUERRA SUCIA

Las operaciones de contrainsurgencia que el ejército argentino montó en 1975 contra los insurgentes marxistas que intentaban establecer una zona liberada en la provincia de Tucumán no se limitaban a los combatientes armados. La retaguardia urbana fue atacada mediante el secuestro, la tortura, la desaparición y el asesinato de los colaboradores y simpatizantes de la guerrilla marxista. Este método supuso un ensayo general de la guerra sucia que se convertiría en estrategia nacional cuando en 1976 los militares argentinos tomaron el poder. Si la guerrilla rural se constituía de tropas uniformadas organizadas en secciones de combate, la guerrilla urbana se dispersaba por todas las ciudades del país, se organizaba en estructuras celulares y llevaba a cabo sus ataques disfrazada de civiles. ¿Cómo actuar contra un enemigo invisible que se oculta entre la gente?

Según el General Videla, que tomó el mando de la junta militar en marzo de 1976, en 1975 las fuerzas armadas plantearon al presidente argentino cuatro opciones para combatir a la insurgencia revolucionaria, opciones que iban desde la más larga y gradual hasta

la más corta, contundente y violenta. La primera opción suponía el respeto a la ley, al debido proceso y a los derechos humanos; y la última “Suponía el ataque en masa, con todo y a lo largo de todo el territorio para sacarlos de sus guaridas” (cita de Videla en Seoane y Muleiro, 2001: 52). Ésta fue la opción elegida y la que logró derrotar a la insurgencia guerrillera en unos cuatro años. El sufrimiento social y humano fue alto, traumatizando por igual a la gente y a la sociedad argentina. También podría haber tenido éxito una táctica más pausada y cuidadosa si el ejército argentino hubiera querido invertir en las relaciones cívico-militares y emplear la mínima fuerza necesaria, pero decidieron hacerlo de otra manera porque el objetivo de la guerra sucia no era únicamente derrotar a la insurgencia revolucionaria, sino además aniquilar un movimiento de oposición política que había sido definido como una fuerza del mal. Este objetivo estratégico supuso que el ejército argentino transformara la guerra de contrainsurgencia en una guerra sucia porque el enemigo no era únicamente la insurgencia guerrillera, sino un enemigo mucho más amplio e impreciso que se había insertado entre la población civil argentina.

En lo que comenzó como una guerra de guerrillas clásica en las escasamente pobladas estribaciones de los Andes de la provincia de Tucumán y que posteriormente dio lugar a una guerra entre la gente en las zonas industriales argentinas, todo el mundo se convirtió en objetivo potencial y la sociedad en zona de conflicto. Mientras las guerrillas urbanas asesinaban a hombres de negocios y líderes sindicales, los grupos de tareas militares secuestraban a combatientes de la guerrilla, a sus familiares, amigos y simpatizantes. La justificación ideológica de la violencia es aquí crucial, ya que desdibujó las fronteras entre combatientes y civiles, provocó una violencia excesiva y llevó a los militares a torturar a unos prisioneros deshumanizados. Las dos partes estaban decididas a destruirse entre sí en lo que todos consideraban como una lucha larga y dura. Veían el conflicto como una guerra cultural cuyo resultado determinaría el futuro del pueblo argentino y, por eso mismo, se luchaba con tanta tenacidad. Su mimetismo estableció un contrato social de aniquilación y la promesa de un orden cultural excluyente.

La creencia en una lucha existencial –llámese guerra cultural, choque

de civilizaciones o el bien contra el mal- entre dos oponentes armados y decididos dio lugar a una violenta confrontación. Se puede culpar a la guerrilla de haber asesinado a numerosos civiles, pero el ejército argentino la superó abiertamente con el asesinato de unos diez mil desaparecidos y la tortura y desaparición temporal de otras decenas de miles.

Los presos eran conducidos a centros de detención secretos en los que podían permanecer desde unos pocos días a unos pocos años antes de ser liberados o asesinados. Los interrogatorios coercitivos o torturas estaban justificados por su supuesta conveniencia en una guerra de inteligencia en la que el tiempo era de crucial importancia a la hora de dar con la localización de las bombas colocadas en lugares públicos. Sin embargo, la mayoría de las decenas de miles de presos no eran combatientes de la guerrilla, sino sus familiares y simpatizantes, o activistas políticos y críticos de la dictadura. La tortura sirvió para traumatizar a los presos y despojarlos de su agencia política infundiéndoles desconfianza en la sociedad, humillándolos y deshumanizándolos ante los demás y cargándolos de pensamientos compulsivos como consecuencia de la tortura.

Es fácil establecer una comparación con los regímenes penitenciarios de Guantánamo y Abu Ghraib. Las prácticas de interrogación han sido denunciadas oficialmente como tortura y varios de los guardias de prisión han sido condenados ante los tribunales. En dichas instalaciones se ha utilizado deliberadamente la humillación, la deshumanización y la traumatización como estrategias para destrozarse a los sospechosos de terrorismo/insurgencia. Además, han surgido serias dudas sobre la utilidad y veracidad de la información obtenida, y tanto la tortura practicada como los abusos cometidos han minado la credibilidad de las fuerzas americanas a nivel mundial (ver Danner, 2004; Ratner and Ray, 2004; Rose, 2004; Strasser, 2004).

Aunque el contexto geopolítico de las guerras de Irak y Argentina es diferente, los regímenes de encarcelación, las tácticas de contrainsurgencia, los interrogatorios coercitivos y el marco ideológico tienen mucho en común. La justificación maniquea de la guerra tiene un efecto negativo sobre las fuerzas contrainsurgentes y el tratamiento de los sospechosos cuando el principio del mimetismo, tan

típico de la guerra antiguerrilla, se convierte también en el principio rector de la guerra entre la gente.

La insurgencia iraquí no es la clásica insurgencia guerrillera que golpea objetivos militares y que intenta hacerse con el control político del país, como fue el caso de China o Vietnam, sino que se asemeja más a la guerra de guerrillas urbana de Argentina en su modo operativo y táctico, si bien, en términos estratégicos, difiere significativamente. Consiste en numerosos grupos de combatientes que colocan bombas al borde de la carretera contra convoyes militares, llevan a cabo ataques suicidas contra policías y ciudadanos iraquíes, secuestran y asesinan civiles iraquíes en ataques de represalia, y libran una contienda étnica y religiosa. La guerra de Irak se trata más de un hostigamiento constante de las tropas americanas, gubernamentales y de la Coalición para bajarles la moral, y de evitar la reconstrucción institucional y de infraestructuras del estado iraquí, que de obtener victorias militares, formar un ejército insurgente y, en última instancia, hacerse con el poder, como fue el caso de los revolucionarios argentinos (Hashim, 2006: 178-179).

El principio del mimetismo que rige la guerra contrainsurgente es más tentador cuanto más difícil resulta identificar y localizar a los insurgentes. El *swarming* imita los ataques sorpresa de las unidades móviles de los insurgentes. Según escribe Kilcullen (2006a: 33) sobre la formación de las fuerzas contrainsurgentes locales: “Las fuerzas locales deberían ser un reflejo del enemigo... Deberían moverse, equiparse y organizarse como los insurgentes.” Las unidades interconectadas de *swarming* persiguen encuentros casuales patrullando las calles oscuras de las ciudades y levantando controles improvisados. Esta táctica puede convertir a sus seguidores en predadores imprevisibles que, a la caza de sus escurridizos enemigos, dejen toda una estela de víctimas civiles y que, en consecuencia, siembren el odio del pueblo iraquí y despierten la compasión por los insurgentes. La conciencia cultural, unos principios éticos elevados y unas reglas de combate precisas reducirán pero no evitarán por completo las víctimas civiles, ya que las unidades de *swarming* se han convertido en parte de los ataques sorpresa que persiguen los insurgentes, así como en unos agentes caóticos para sí mismos. Los

que fueran liberadores se han convertido en unos ocupantes indignos de confianza que gritan órdenes a los civiles en una lengua ininteligible, entran en las casas de la gente haciendo uso de una fuerza desmedida, y torturan y hacen desaparecer a los sospechosos, a la vez que son incapaces de ofrecer seguridad, evitar la violencia étnica y garantizar los servicios públicos.

La estrategia de la guerra sucia argentina de secuestrar, torturar, hacer desaparecer y finalmente asesinar a más de diez mil argentinos fue efectiva a corto plazo. Las organizaciones guerrilleras y la oposición política de izquierdas fueron derrotadas en unos cuatro años, pero, eso sí, a un coste humano inaceptable y con unas consecuencias a largo plazo perjudiciales para la sociedad argentina. Diezmaron las organizaciones guerrilleras, los miembros que sobrevivieron se exiliaron y destruyeron la izquierda política. Sin embargo, el ejército victorioso sólo pudo disfrutar de su éxito por poco tiempo. La dictadura cayó en 1983 tras las crecientes protestas en favor de los derechos humanos y la pérdida de la Guerra de las Malvinas en 1982. En 1985 se condenó a varios comandantes de la junta militar por graves violaciones de los derechos humanos y más de seiscientos oficiales estaban a espera de juicio. Las tensiones en las relaciones cívico-militares dieron como resultado las leyes de amnistía general de 1986 y 1987, y los perdones presidenciales de 1989 y 1990. Pero las intermitentes protestas públicas, la petición de responsabilidades y de la verdad, y la revelación pública por parte de los oficiales del secuestro de niños hizo que, para el año 2007, el Tribunal Supremo Argentino anulara toda amnistía y perdón. Alrededor de 250 oficiales volvieron a prisión o fueron puestos bajo arresto domiciliario. La sociedad argentina es rehén de estos oficiales que no están dispuestos a aclarar el pasado. Los supervivientes tienen que confiar en los exámenes forenses, el trabajo de archivo, los testimonios orales y las pruebas de ADN para recuperar los restos de sus familiares desaparecidos y asesinados, y encontrar a los cientos de niños secuestrados de los cuales menos de cien han recuperado ya su identidad real.

Aún no se conocen los efectos que la Guerra de Irak tendrá en la sociedad iraquí, pero la experiencia argentina hace esperar

consecuencias preocupantes a largo plazo, sobre todo porque los asesores americanos han estado adiestrando a las fuerzas iraquíes en operaciones de *swarming* (Green, 2006). La arbitrariedad de las operaciones de *swarming* y el peligro de una información poco fidedigna, adquirida mediante interrogatorios coercitivos, están afectando a un número ingente de civiles iraquíes, tal y como ha observado el periodista Peter Maass (2004): “Por cada incursión que alcanza su objetivo, parece haber nueve que no lo consiguen, y en esas nueve, los soldados apuntan a menudo sus armas a civiles, conducen a través de campos y patios traseros, derriban puertas y detienen a personas que posteriormente liberan.” Esta relación de uno a diez podría ser un tema a tratar, pero el sufrimiento que provoca es enorme. Una fuente documentó entre 49.000 y 53.000 los civiles muertos por causas violentas entre marzo de 2003 y diciembre de 2006; un número que, para mayo de 2008, alcanzó entre los 84.000 y los 91.000 muertos (www.iraqbodycount.net, 1 de diciembre de 2006 y 19 de mayo de 2008). Un estudio demográfico basado en la tasa de mortalidad iraquí estimaba en 601.000 las personas muertas por causas violentas hasta julio de 2006 (Burnham et al., 2006: 1421). Si al número de muertos añadimos los miles de presos maltratados sospechosos de actividades insurgentes, las humillaciones sufridas a diario en los controles, la inseguridad general, el desplome de las infraestructuras y el vacío político causado por un gobierno ineficaz, podemos imaginarnos una sociedad traumatizada en gestación o al menos una sociedad que va a sufrir las consecuencias negativas de la guerra a largo plazo.

CONCLUSIÓN

Las guerras de Irak y Afganistán ponen de manifiesto las dos paradojas de la antropología de la guerra al terror que pueden llevar a la antropología a una crisis profunda si no se tratan seriamente. La *Asociación Antropológica Americana* se ha hecho cargo de la primera paradoja —el conflicto potencial entre la ética profesional y el empleo por parte de los militares— instando a los antropólogos de seguridad a que: 1. reflexionen sobre las implicaciones éticas de su compromiso con organizaciones militares, de seguridad e inteligencia; 2. sean

transparentes en relación con su trabajo; 3. eviten hacer daño a nadie con su trabajo; 4. sean abiertos en relación con sus responsabilidades para con los empleadores, los temas a estudio, los colegas y el público en general; y 5. publiquen abiertamente los resultados de sus investigaciones (Comisión de la AAA, 2007: 26).

Yo, por mi parte, he tratado la segunda paradoja, a saber, el problema que supone llevar a cabo el estudio etnográfico de zonas de guerra sin un trabajo de campo. Esta paradoja no sólo hace referencia a Irak y Afganistán, sino también a otras regiones inaccesibles del mundo, tales como el noroeste de Pakistán, Somalia, el oeste de Sudán y el este del Congo, dada la intensidad de la violencia, lo imprevisible de los combatientes y la sospecha real de estar trabajando secretamente para la CIA o alguna fuerza militar occidental. Como solución metodológica a este problema, he propuesto la imaginación etnográfica a distancia.

El concepto de imaginación etnográfica surge de la imaginación sociológica de C. Wright Mills, que él mismo definía como “la capacidad de cambiar de una perspectiva a otra y, en dicho proceso, elaborar una visión adecuada del conjunto de una sociedad y de sus componentes” (Mills, 1978: 211). La imaginación etnográfica no se refiere únicamente a la competencia analítica de interpretar la realidad social a partir de una perspectiva individual y estructural, tal y como señala Mills, o a las dotes retóricas para traducir datos empíricos en textos etnográficos, tal y como describe Atkinson (1990), sino que se refiere también a la capacidad profesional de hacer verosímiles aquellas conexiones entre fenómenos culturales que no se pueden apoyar totalmente en las conclusiones de investigaciones concretas. Este salto adelante en la fe etnográfica supone que, en la narrativa, se pueden incluir deliberadamente lo inexplicable e incomprensible para dar una vaga idea de los misterios y las dimensiones de la vida social y cultural que no pueden estudiarse de forma empírica, tal y como han puesto de manifiesto sobre todo la etnografía experimental, las novelas basadas en el trabajo de campo y la ficción etnográfica. La aplicación de los principios comparativos a los datos requiere experiencia en el campo de la investigación, ya que “El antropólogo..., por muy cuidadoso que sea a la hora de registrar los

datos, finalmente tendrá que confiar en su memoria, ya que no existe ningún sistema de codificación capaz de desglosar el material de la observación cultural para las miles de referencias cruzadas que hay que realizar para llegar a una hipótesis de trabajo para la siguiente cuestión de trabajo de campo” (Mead 1953b: 92). Esta imaginación antropológica es parte de la antropología, y la mejor manera de aprenderla es a través de la experiencia en el trabajo de campo. Esta capacidad resulta especialmente importante cuando no se puede practicar el trabajo de campo y el investigador ha de confiar en métodos discretos, entrevistas y la extrapolación comparativa a partir de los conocimientos etnográficos acumulados —incluyendo los de uno mismo— en materia de violencia y zonas en conflicto.

La solución a la segunda paradoja de la antropología de la guerra al terror vale también para la primera. La imaginación etnográfica a distancia sirve de contrapeso a la labor de los antropólogos de seguridad. Aunque sigan los consejos de la Comisión de la AAA anteriormente indicados, es poco probable que traten asuntos que desacrediten a sus empleadores militares. En cambio, los antropólogos académicos pueden recurrir a fuentes de información que se evitan o que son inaccesibles para los antropólogos de seguridad.

Soy totalmente consciente de las dificultades que entraña el método etnográfico aquí propuesto. Una de las pruebas de calidad de la imaginación etnográfica es la posibilidad de integrar en sus interpretaciones hechos y desarrollos posteriores. Tal y como declararon los antropólogos que desarrollaron el estudio de culturas a distancia: “una prueba fundamental de su precisión es la posibilidad de incorporar inmediatamente nuevos hallazgos; de lo contrario, la reconstrucción será errónea” (Gorer 1953: 76).

La imaginación etnográfica a distancia es el segundo mejor método de estudio de la guerra al terror. Sería preferible el trabajo de campo etnográfico, pero éste es a menudo impracticable en la guerra turbia que se está librando. Ni siquiera experimentados corresponsales de guerra occidentales recaban ellos mismos la información sobre la Guerra de Irak; tal es así que, hasta el momento, cientos de corresponsales a tiempo parcial, periodistas y cámaras iraquíes han perdido sus vidas por enviarles unas crónicas independientes sin

necesidad de introducirse ellos mismos entre las tropas extranjeras y locales. Una alternativa al trabajo de campo etnográfico parece ser el estudio de la Guerra de Irak y la guerra al terror a distancia recurriendo a los conocimientos acumulados de la antropología de la violencia, comparando las zonas de guerra inaccesibles con sociedades que conocemos en profundidad por nuestro propio trabajo de campo, entrevistando a expatriados y refugiados, y analizando los artículos periodísticos de los corresponsales de guerra, los informes de situación de las ONGs, los comunicados de los militares y de los grupos insurgentes, los blogs de civiles y soldados, los programas de televisión, los *cam casts*, los partes radiofónicos y demás. Estudiando estas fuentes mediante la imaginación etnográfica, podemos aportar una perspectiva antropológica a la guerra global al terror en vez de dejar su análisis en manos de estudiosos y creadores de opinión que nunca han puesto un pie en Irak ni han estudiado sociedades en conflicto desde dentro.

BIBLIOGRAFÍA

AAA COMMISSION on the Engagement of Anthropology with the US Security and Intelligence Communities (2007) *Final Report*, 4 de noviembre. http://www.aaanet.org/pdf/FINAL_Report_Complete.pdf.

AL-ALI, Nadjé Sadig (2007) *Iraqi Women: Untold Stories from 1948 to the Present*, Londres, Zed Books.

ASHCROFT, James (2006) *Making a Killing*, Londres, Virgin Books.

ATKINSON, Paul (1990) *The Ethnographic Imagination: Textual Constructions of Reality*, Londres, Routledge.

BATESON, Gregory (1953) "Formulation of End Linkage" in M. MEAD; y R. MÉTRAUX (eds.) *The Study of Culture at a Distance*. Chicago, The University of Chicago Press, pp.367-378.

BENEDICT, Ruth (1974 [1946]) *The Chrysanthemum and The Sword: Patterns of Japanese Culture*, Nueva York, New American Library.

BERNARD, H. Russell (1994) *Research Methods in Anthropology*:

Qualitative and Quantitative Approaches, 2nd ed., Thousand Oaks, Sage.

BROWN, Keith; y Catherine LUTZ (2007) "Grunt Lit: The Participant-Observers of Empire", *AMERICAN ETHNOLOGIST* 2, pp.322-328.

BURNHAM, Gilbert; Riyadh LAFTA; Shannon DOOCY; y Les ROBERTS (2006) "Mortality after the 2003 Invasion of Iraq: A Cross-Sectional Cluster Sample Survey", *THE LANCET* 368, pp.1421-1428.

CATON, Steven C. (2006) "Coetzee, Agamben, and the Passion of Abu Ghraib", *AMERICAN ANTHROPOLOGIST* 1, pp.114-123.

CHANDRASEKARAN, Rajiv (2006) *Imperial Life in the Emerald City: Inside Iraq's Green Zone*, Nueva York, Vintage Books.

CHATEAU-JOBERT, P. (1977 [1968]) *La confrontación Revolución-Contrarrevolución*, Buenos Aires, Editorial Rioplatense.

CLIFFORD, James; y George E. MARCUS (eds.) (1986) *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press.

DANNER, Mark (2004) *Torture and Truth: America, Abu Ghraib, and the War on Terror*, Nueva York, New York Review Books.

DANNER, Mark (2005) "Taking Stock of the Forever War", *THE NEW YORK TIMES MAGAZINE*. 11 de septiembre.

EDWARDS, Sean J.A. (2000) *Swarming on the Battlefield: Past, Present, and Future*, Santa Monica, RAND.

FELDMAN, Allen (2005) "On the Actuarial Gaze: From 9/11 to Abu Ghraib", *CULTURAL STUDIES* 2, pp.203-226.

FISCHER, Michael (2003) *Emergent Forms of Life and the Anthropological Voice*, Durham, Duke University Press.

FM 3-24 (2007 [2006]) *The U.S. Army – Marine Corps Counterinsurgency Field Manual*, Chicago, The University of Chicago Press.

FOX, Richard G.; y Andre GINGRICH (2002) "Introduction", in A.

GINGRICH; y R. G. FOX (eds.), *Anthropology, by Comparison*, Londres, Routledge, pp.1-24.

GALULA, David (2006 [1964]) *Counterinsurgency Warfare: Theory and Practice*, Westport, Praeger Security International.

GINGRICH, Andre (2002) "When Ethnic Minorities are 'Dethroned': Towards a Methodology of Self-Reflexive, Controlled Macrocomparison", in A. GINGRICH; y R. G. FOX (eds.), *Anthropology, by Comparison*, Londres, Routledge, pp.225-248.

GORER, Geoffrey (1953) "National Character: Theory and Practice", in M. MEAD; y R. MÉTRAUX (eds.) *The Study of Culture at a Distance*. Chicago, The University of Chicago Press, pp.57-82.

GORER, Geoffrey; y John RICKMAN (1949) *The People of Great Russia: A Psychological Study*, Londres, Cresset Press.

GREEN, James K. (2006) "Operation Knockout: Counterinsurgency in Iraq", *MILITARY REVIEW* Octubre, pp.41-44.

HANNERZ, Ulf (1992) *Cultural Complexity: Studies in the Social Organization of Meaning*, Nueva York, Columbia University Press.

HASHIM, Ahmed S. (2006) *Insurgency and Counter-Insurgency in Iraq*, Ithaca, Cornell University Press.

HERRING, Eric; y Glen RANGWALA (2006) *Iraq in Fragments: The Occupation and Its Legacy*. Ithaca, Cornell University Press.

HOLY, Ladislav (1987) "Introduction: Description, Generalization and Comparison: Two Paradigms", in L. HOLY (ed.) *Comparative Anthropology*, Oxford, Basil Blackwell, pp.1-21.

HOWE, Leo (1987) "Caste in Bali and India: Levels of Comparison", in L. HOLY (ed.) *Comparative Anthropology*, Oxford, Basil Blackwell, pp.135-152.

KILCULLEN, David (2004) "Complex Warfighting", The Australian Army, Future land Warfare Branch. http://www.defence.gov.au/army/lwsc/Publications/complex_warfighting.pdf

- (2006a) "Twenty-Eight Articles: Fundamentals of Company-Level Counterinsurgency", *IOSPHERE*, Joint Information

Operations Center. http://www.au.af.mil/info-ops/iosphere/iosphere_summer06_kilcullen.pdf

KILCULLEN, David (2006b) "Counterinsurgency Redux", *SURVIVAL* 4, pp.111-130.

LOCK, Margaret (2002) *Twice Dead: Organ Transplants and the Reinvention of Death*, Berkeley, University of California Press.

MAASS, Peter (2004) "Professor Nagl's War", *THE NEW YORK TIMES MAGAZINE*, 11 de enero.

MEAD, Margaret (1953a) "The Study of Culture at a Distance", in M. MEAD; y R. MÉTRAUX (eds.) *The Study of Culture at a Distance*. Chicago, The University of Chicago Press, pp.3-53.

- (1953b) "The Organization of Group Research", in M. MEAD; y R. MÉTRAUX (eds.) *The Study of Culture at a Distance*. Chicago, The University of Chicago Press, pp.85-101.

- (1953c) "Political Applications of Studies of Culture at a Distance", in M. MEAD; y R. MÉTRAUX (eds.) *The Study of Culture at a Distance*. Chicago, The University of Chicago Press, pp.397-400.

MEAD, Margaret; y Rhoda Métraux (eds.) (1953) *The Study of Culture at a Distance*, Chicago, The University of Chicago Press.

MILLS, C. Wright (1978 [1959]) *The Sociological Imagination*, Londres, Oxford University Press.

ORTNER, Sherry B. (2006) *Anthropology and Social Theory: Culture, Power, and the Acting Subject*, Durham, Duke University Press.

PACKER, George (2005) *The Assassins' Gate: America in Iraq*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.

PETRAEUS, David H. (2006) "Learning Counterinsurgency: Observations from Soldiering in Iraq", *MILITARY REVIEW* October, pp.45-55.

PRICE, David H. (2002) "Lessons from Second World War Anthropology: Peripheral, Persuasive and Ignored Contributions", *ANTHROPOLOGY TODAY* 3, pp.14-20.

RATNER, Michael; y Ellen RAY (2004) *Guantánamo: What the World Should Know*. White River Junction, Chelsea Green Publishing.

ROBBEN, Antonius C.G.M. (2005) *Political Violence and Trauma in Argentina*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

ROBBEN, Antonius C.G.M.; y Jeffrey A. SLUKA (eds.) (2007) *Ethnographic Fieldwork: An Anthropological Reader*, Malden, Blackwell.

ROBIN, Marie-Monique (2005) *Escuadrones de la muerte: la escuela francesa*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

ROSE, David (2004) *Guantánamo: America's War on Human Rights*. Londres, Faber and Faber.

SAHLINS, Marshall (1967) "The Established Order: Do Not Fold, Spindle, or Mutilate", in I. L. HOROWITZ (ed.) *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship between Social Science and Practical Politics*, Cambridge, The MIT Press, pp.71-79.

SCHAFFT, Gretchen E. (2004) *From Racism to Genocide: Anthropology in the Third Reich*, Urbana, University of Illinois Press.

SCOTT, James C. (1990) *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press.

SEOANE, María; y Vicente MULEIRO (2001) *El Dictador: La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

SMITH, Rupert (2005) *The Utility of Force. The Art of War in the Modern World*, Londres, Penguin/Allen Lane.

STRASSER, Steven (ed.) (2004) *The Abu Ghraib Investigations: The Official Reports of the Independent Panel and Pentagon on the Shocking Prisoner Abuse in Iraq*, Nueva York, PublicAffairs.

TRINQUIER, Roger (2006 [1964]) *Modern War: A French View of Counterinsurgency*, Westport, Praeger Security International.

WOLF, Eric R. (1999) *Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis*, Berkeley, University of California Press.

WRIGHT, Evan (2004) *Generation Kill: Devil Dogs, Iceman, Captain*

America, and the New Face of American War, Nueva York, G.P. Putnam's Sons.

YANS-MCLAUGHLIN, Virginia (1986) "Science, Democracy, and Ethics: Mobilizing Culture and Personality for World War II", in G. W. STOCKING (ed.) *Malinowski, Rivers, Benedict and Others: Essays on Culture and Personality*, Madison, University of Wisconsin Press, pp.184-217.